

EL MAR DEL NORTE

HEINRICH HEINE



PRÓLOGO.

Confieso que en otro tiempo gustaba yo poco de Enrique Heine, considerado como poeta lírico. Nunca dejé de admirar su prosa brillante y cáustica, y siempre le tuve por el primero de los satíricos modernos, pero la delicadeza incomparable de sus canciones o *Lieder* se me escapaba. A otros habrá acontecido lo mismo, aunque no tengan tanta franqueza como yo para declararlo. Pero el gusto se educa, y no soy yo de los que maldicen y proscriben las formas artísticas que no les son de fácil acceso, o no van bien con nuestra índole y propensiones. Así es que nuevas lecturas de Enrique Heine no sólo me han reconciliado con sus versos, sino que me han convertido en el más ferviente de sus admiradores y el más deseoso de propagar su conocimiento en España. Por lo cual, y aprovechando la ocasión que me presenta mi excelente amigo el Sr. Herrero, al dar a luz, por primera vez en rima castellana, todas las obras poéticas del insigne vate alemán, voy a ponerme bien con mi conciencia y a desagrar a Heine de antiguas ligerezas mías, que afortunadamente no están escritas en ninguna parte, pero que no dejan de pesarme como si lo estuvieran.

La obra poética de Heine es muy copiosa y variada, aunque las composiciones sean generalmente breves. De aquí nace la dificultad de encerrarlas todas bajo una fórmula y un juicio, y de aprisionar en las redes de la crítica a este Proteo multiforme. Apenas hay afecto del alma moderna que no tenga su eco vibrante en alguna estrofa de Heine; pero son tan rápidas y, por decirlo así, tan etéreas é impalpables las alas de su numen, que, apenas han rozado la superficie de nuestro espíritu, se alejan, dejándonos sólo cierta especie de polvillo sutil, que es cosa imposible reducir al análisis. Por eso yo no entendía al principio a Heine, y ahora que no me empeño en descomponerlo y le torno como es, creo entenderle. Educado yo en la contemplación de la poesía como escultura, he tardado en comprender la poesía como música. Admiré siempre en Heine la perfección insuperable de la frase

poética, lo bruñido y sobrio de la expresión, pero casi siempre me parecían sus cantos vacíos de con y tenido y realidad. Y, aun pasando más adelante, me parecían hasta insípidos y vagamente sentimentales, recreándome a lo sumo los rasgos irónicos, que forman, por decirlo así, el elemento másculo de esta poesía.

Conviene que tengamos todos alguna pasión literaria por tal o cual poeta determinado. Sin esta pasión no hay calor, y la producción sería imposible. Este autor, objeto de esa devoción familiar, importa poco quién sea: lo único que importa es que pertenezca a la categoría de los ingenios próceres y eminentes. Muchas puertas llevan a la encantada ciudad de la fantasía: no nos empeñemos en cerrar ninguna de ellas, ni en limitar el número de los placeres del espíritu. No es plástica la poesía de Enrique Heine, pero encierra misterios de sentimiento y recónditas armonías, no concedidas a la línea. La misteriosa virtud de esta poesía no penetra por los ojos, pero empapa con tenue rocío el alma. Todo se encuentra en esos versos, pero volatilizado y aeriforme. Cada lector va poniendo a esa música la letra que su estado de ánimo le sugiere. Enrique Heine no hace más que apuntarla, y pasa a tocar con su varita mágica otra cuerda del alma. Pero en esa poesía de filamentos tan tenues ha tramado el maligno encantador una red de ensueños, y de dolores, de cuyas mallas, que a primera vista parece que un niño rompería, no hay corazón humano que se escape, porque todos encuentran allí algún fragmento de su propia historia., ¡Hechizo singular, maravilloso poder el de esas gotas de licor refinadísimo, encerradas en un cristal tan transparente! Quien con mano distraída abre el libro y empieza a hojear esas composiciones tan sin asunto (según el modo vulgar de entender el asunto), siente a poco rato levantarse voces interiores que responden a la voz del poeta, y moverse en su memoria tempestad de hojas secas, y dar lumbre todavía el mal apagado rescoldo. *Agnosco veteris vestigia flamme*. Ahí está el fundamento de la inmortalidad de Enrique Heine. Sus audacias de polemista, sus arranques, humorísticos, pasarán en gran parte con las circunstancias que los engendraron; ¿qué digo? están pasando ya, y quizá queden algún día reservados para regalo de los eruditos. La humanidad que

olvida todo lo que destruye y no edifica; la humanidad que lee poco a Luciano y que cada día va leyendo menos a Voltaire, quizá olvidará los elocuentes y deslumbradores *pamphlets* de Heine, y la iniquidad con que derramó sobre propios y extraños el lauro ó la ignominia, destrozando un día lo que el anterior había ensalzado. Esas página vindicativas y sangrientas; esos gritos coléricos de Heine en lo que él llamaba *el combate por la humanidad*, todo ese tumulto de polvo y de guerra que parece rumor de muchos caballos salvajes, pero de raza inmortal, lanzados a pisotear con sus cascos cuanto la humanidad ama y reverencia todo esto, digo, tuvo su hora, y pasó: todo esto tuvo su fuerza corrosiva, y ya se va gastando y amortiguando.

Yo no sé si nuestros nietos leerán todavía la *Alemania*: de fijo no la leerán los jóvenes ni las mujeres, pero sé que el pino del Norte soñará eternamente con la palmera oriental; y que cuando se hayan apagado los últimos ecos de la terrible canción con que hilaban su venganza los tejedores de Silesia, proseguirá brillando aquella trémula estrella de amores que descendió del cielo a la tierra, como leemos en el *Intermezzo*. ¡Dichosa inmortalidad la del poeta, por quien reverdecerá en el corazón de las generaciones futuras, coronándose en cada nueva primavera de flores y de fruto nuevo, el árbol de la esperanza y de los recuerdos!

Y grande debe de ser, sin duda, el oculto prestigio de esos versos, capaces todavía de conmover en lengua extraña, con rimas nuevas, y hasta destituidos a veces del halago métrico. Parece como que la esencia de estos *Lieder*, por lo mismo que es tan espiritual y recóndita y que no está pegada a los ápices de la dicción, ni envuelta en el tornear de la frase, sobrenada siempre como el aceite sobre el agua, y hasta en la prosa francesa de Gerardo de Nerval se siente y percibe. Que es condición de la belleza eminente no ser de la que los filólogos guardan para fruición suya, ni de la que te pierde por adjetivo de más o de menos, sino de la que resiste a todas las manos que la trabajan y reproducen, y por ser su raíz universal y humana, es también comunicable y difusa en alto grado, y es a un mismo tiempo la más traducible y la más intraducible de todas las creaciones del arte. No se

traduce el sonido de las sílabas, pero se traduce su vibración en el alma, que es lo que importa. Lo demás, fácilmente lo adivinará quienquiera que tenga sentido poético.

Enrique Heine es el último de los grandes poetas de este siglo, el más próximo a nosotros, y quizá por eso el más amado de muchos. Sólo Alfredo de Musset comparte con él el cariño de los que en la generación joven todavía se apasionan por las cosas de arte. Y hay en verdad evidentes relaciones entre los dos poetas, sobre todo por ser uno y otro poetas sinceros, si alguna vez los hubo, y tales que el tiempo, gran depurador de las cosas, deja hoy en pie su obra casi íntegra, al paso que ha marchitado no pocas languideces del lirismo lamartiniano, y tanta falsedad intrínseca y tanto oropel teatral como se albergó bajo el espléndido manto de armonías y de colores, tejido por la Musa de Víctor Hugo. ¿Qué más? hasta los piratas de lord Byron van pareciendo inofensivos, en comparación con el pirata interior, con el *demonio tenaz del pensamiento*, que el poeta llevaba consigo y que, cuando hablaba por su cuenta, le hacía ser mil veces más elocuente que todos los Laras, Caínes y Sardanápalos. En vano prosigue Víctor Hugo (el último superviviente de los poetas románticos) martillando sobre el yunque donde se forjan los alejandrinos centelleantes. El tiempo de *los rugidos de títan* ha pasado, y ya no espantan sino a los niños. El *Souvenir* de Musset vive en todas las memorias, y en cambio, ¿quién recuerda hoy una sola estrofa de las *Orientales*?

Por el contrario, nada más fresco a la hora presente que *El Regreso*, *La Nueva Primavera*, *El Mar del Norte* y *El Romancero*, de Heine. Nunca la mezcla de espontaneidad y de reflexión ha llegado en el arte moderno a más alto punto. Nunca se ha alcanzado más profundo efecto con medios más sencillos, con historias casi triviales de amor. Nunca ha florecido una poesía más intensamente lírica, y más desligada de las condiciones de raza y de tiempo; más propia, en suma, para servir de expresión palpitante a sentimientos de todos los pueblos y de todas las latitudes. Nunca ideas y afectos más flotantes, más ondulosos, más difíciles de aprisionar en la tela de oro y seda que teje la palabra rítmica, han venido tan dóciles al conjuro, del poeta. Nunca

manos escépticas han tocado con tanto amor las luminosas quimeras de la vida.

Todo, hasta el más fugitivo movimiento del ánimo, se cuaja aquí en forma traslúcida. La naturaleza no está directamente y como objeto sino, reflejada en el alma del poeta. Los aromas del Oriente perfuman sus cantos: el ruiseñor de Hafiz vuelve a sonar en sus verjeles: ruedan solemnes las aguas del Ganges sagrado, donde la simbólica flor del loto aguarda el beso de la luna: cruzan entre las nieblas del Norte los dioses de la Grecia desterrados; y la austera sombra de nuestro Jehudá-Leví de Toledo se levanta como llameante columna que guiaba a la caravana de Israel por su nuevo destierro. La misma extraña mezcla de sangre y de educación que había en Enrique Reine contribuye a dar peregrinó sabor a estas poesías. Hebreo por raza, alemán por nacimiento, francés por larga residencia y por algunas partes (no las mejores) de su genio, buscó en el Mediodía calor, luz y libertad para su poesía mediterránea y germánica. De todo ello resultó un fruto acre y picante, y a la vez sabroso y tierno, que quizá nunca volverá a darse en el mundo, porque las condiciones en que se dio no son de las que se procuran artificialmente. Y no es una de las menores glorias de Enrique Heine el ahuyentar eternamente la turba gárrula de los imitadores. Heine sin la ironía no es más que medio Heine; y la ironía heiniana, lo mismo que la ironía socrática, ni se imita, ni se parodia. Fue (como ha dicho ingeniosamente uno de los críticos de su nación, que no acaban de perdonarle de buen grado sus ofensas a ella) un *ruiseñor alemán, que hizo nido en la peluca de Voltaire*.

A tan soberano autor nos presenta traducido en verso castellano el joven y distinguido poeta valenciano D. José J. Herrero. A quien con empresa de tal magnitud se estrena en la república de las letras, poco pueden halagarle los elogios de rigor en un prologuista y en tales ocasiones. No aspira ciertamente el Sr. Herrero al lauro de la perfección en intento tan difícil y en tan copioso número de versos. Pudo conseguirla Florentino Sanz en una docena de canciones escogidas y cuídalas con particular esmero pero en una obra larga nadie escapa de inevitables desigualdades. Así y todo, compárese esta

versión del *Intermezzo*, con las cinco o seis que hasta ahora tenemos en castellano, y, a mi entender, se la encontrará más poética y más fiel que las restantes. La traducción de las colecciones posteriores, todavía me agrada más, porque la mano del traductor corría más suelta y ejercitada, y había llegado el Sr. Herrero a identificarse más con el espíritu del original que traducía. Pueden notarse, en verdad, algunos versos flojos o faltos de cadencia y número, tal o cual, expresión prosaica y alguna no muy propia; defectos fácilmente perdonables cuando el conjunto agrada y da una idea bastante exacta de las bellezas de los *Lieder*. Por mi parte, sólo aconsejaré al Sr. Herrero que procure acercarse todo lo más posible a la frase alemana, en los casos en que esta difiere del texto en prosa que el mismo Heine autorizó en París, modificándole con frecuencia él o su traductor por escrúpulos y consideraciones nimias al meticuloso gusto francés, que no deben hacernos fuerza en España.

Aunque sus propios versos originales no lo acreditaran, bastaría esta versión para dar al Sr. Herrero crédito y nombre de poeta. Su educación literaria, sana y severa, basada principalmente en el estudio de los modelos de las literaturas inglesa y alemana, nos hace esperar de él que ha de trasladar con feliz éxito a nuestra literatura, bien necesitada hoy de savia vigorosa, elementos nuevos y dignos de vivir y florecer bajo todos los climas.

M. MENÉNDEZ Y PELAYO.

Junio de 1883.

NOTICIA

ACERCA DE
ENRIQUE HEINE.

I.

Después de Goethe, que resume todos los trabajos de la literatura de su patria, y de Hegel, que compendia todos los esfuerzos y las inquisiciones de los metafísicos durante más de medio siglo, esperaba a la historia del pensamiento en Alemania una transición brusca, una crisis suprema, un momento de terrible vacilación y de intranquilidad profunda.

La serenidad del genio de Goethe y la tranquilidad de Hegel encubrían cuando menos los pensamientos de lucha del genio nacional. Pero muertos los maestros, corriéronse los velos, huyeron las ilusiones, y fue preciso comprender, aunque tarde, que de aquella generación, nutrida por ellos, por ellos educada, brotaba una Alemania nueva, henchida de aspiraciones no definidas, y llena la mente de quimeras y de inciertos ideales.

Una sola cosa aparecía clara entre él vago despertar de sus aspiraciones; un deseo aparecía formulado: dejar el campo de la abstracción y penetrar con pie firme en el estadio fecundo siempre de la realidad.

Un escritor existe que resume fielmente la agitación de aquella época: Enrique Heine.

Nació el gran poeta en Düsseldorf, a orillas del Rhin, de una familia considerada con justicia en su patria, y en la cual contaba por parte de madre médicos ilustres, y negociantes acaudalados por parte de su padre.

Enrique, el mayor de cuatro hermanos, una hembra y dos varones, médico en Rusia el uno y oficial el otro al servicio de la Austria, perdió

bien pronto al autor de su sér, y quedó sujeto a la autoridad de un tío paterno, el banquero Salomón Heine, notable por su generosidad y por lo inmenso de su fortuna, que desheredó más tarde al poeta por sus aficiones poco serias y por su falta de sentido práctico.

Esto hacía exclamar al; autor del *Reisebilder*.

«Tengo derecho a ser inmortal; he comprado por diez y seis millones mi asiento en el Parnaso.»

Los biógrafos todos colocan en enero de 1800 la fecha del nacimiento de Heine; es indudable sin embargo, si nos atenemos al mismo dicho del vate en una carta a Saint-René Taillandier, que nació en 12 de diciembre de 1799, Y que la inexactitud cometida por cuantos sostienen el anterior aserto fue ocasionada voluntariamente para salvar al poeta del servicio del rey de Prusia en la época de la invasión prusiana.

«Lo importante, añade poco después Heine, que yo nací, y que nací a orillas del Rhin.»

Su primera educación fue terminada en el convento de franciscanos de Düsseldorf. Contradicción rarísima que puede en parte explicar la múltiple volubilidad de su carácter. El descendiente de judíos recibe del monasterio cristiano la primera enseñanza de las cosas, y siente entre los claustros del convento la languidez inefable de sus primeros tedios de adolescente.

Frecuentó después el Liceo de la Villa; en 1819 principió en la Universidad de Bonn el estudio de la jurisprudencia; continuólo en la de Gottinga, hasta que, tres años más tarde, entregóse por completo en Berlín, y bajo la dirección de Hegel, al estudio de las ciencias filosóficas.

Entonces fue cuando le unió amistad estrecha con todo lo que en Berlín existía de más notable en las ciencias y en las artes. Eduardo Gans, Varnhagen d'Ense y su esposa Rahel, Franz Bopp, Chamisso y el mismo Grabbe, formaron parte de las relaciones del tornadizo estudiante.

Era Heine por entonces un escolar asiduo, que estudiaba con ardor y aprendía pronto, y que, al revés que Luis Boerne, mezclado

también como él en aquella aristocracia del pensamiento, tomaba por contradicción extraña, con seriedad profunda, los arduos problemas de la idea, y se engolfaba con ardor en aquellas pavorosas cuestiones de la metafísica hegeliana.

En medio de aquellos trabajos, el arte le llamaba con su voz de sirena, y le atraía hasta su lado con magia ineludible. En 1821 publicaba sus primeros versos (*Junge Leiden*), prólogo, por decirlo así, de *el Libro de los cantos*. En 1823 daba al público sus dos dramas silbados, *Almanzor y Ratclif*, y entre ellos su inmortal *Intermezzo*. Más tarde, por último, publicó en 1825 el primer tomo de su *Reisebilder* (Cuadros de viaje), en el cual se revela por completo jefe de una escuela nueva.

Relación de sus viajes por la Alemania, el Tyrol, la Francia, la Italia y la Inglaterra, bastaría sólo esta obra para dar la celebridad deseada al más descontentadizo de los escritores. Su éxito fue inmenso; la sorpresa de Alemania profunda: ¿cómo juzgar la audacia de aquel escritor, que si la hería con las flechas de su pensamiento atrevido, la enaltecía con los resplandores de su genio?

Un nuevo poema (*Heimkehr*) *El Regreso*, fue publicado pocos meses después de sus viajes, y poco tiempo pasado, en 1827, apareció el *Libro de los cantos* (*Buch der Lieder*), que tuvo resonancia igual y despertó controversias idénticas a las suscitadas por sus obras anteriores. *El Mar del Norte* (*Nord See*) forma parte de la segunda parte de este libro.

Atraído en 1830 a Francia por la revolución, sus correspondencias a la *Gaceta de Augsburgo* y á los *Anales Políticos*, su libro sobre la Francia, su *Lutecia*, fueron, lo mismo que la *Alemania* y que las *Memorias de M. de Schnabelewovski*, fruto de aquella campaña política en que, acusado unas veces de espía de Luis Felipe y de la Alemania, de Sansimoniano otras, pospuesto sin justicia a Luis Boerne, en el cual al menos reconocía su patria alemana grandeza de corazón, se defendía de tanto y tanto ultraje con las flechas certeras de su inagotable ironía.

Atta-Troll (fantasía de una noche de estío), extraño poema en que el protagonista es un oso, vio la luz pública en 1840 en los folletines del *Diario del Mundo Elegante*. En 1842 publicó sus *Nuevas Poesías*; y enfermo ya de muerte, clavado, como dice un escritor ilustre, a la cruz de la parálisis por los clavos del sufrimiento, publicó su *Romancero*, sus *Melodías hebraicas* y su *Libro de Lázaro*.

En 1856, por último, murió aquel gran genio, que durante veinticinco años representó en Alemania el espíritu de la Francia, y en Francia el espíritu de Alemania, y que dotó a nuestro siglo, además de las ya citadas, de tantas otras obras, que no citamos por no alargar demasiado esta reseña.

II.

Indicados, aunque a la ligera, los principales hechos de la vida del poeta, no podemos sustraernos al deseo de considerar, aunque también con brevedad, los principales caracteres que sobresalen en sus obras.

El humorismo es la nota esencial de las obras de Heine: nada existe para él sagrado, ni fe, ni amor, ni patria; todo, bajo su pluma, se retuerce y gime, como se retuerce la carne viva bajo el escalpelo del disector; los dioses caen ante los golpes certeros de sus flechas; la patria, convulsa y colérica, sale de sus manos flagelada; el amor, eterno encanto de su vida y castigo eterno de su existencia, aunque siempre profesado, no es siempre respetado por su pluma, más temible en sus manos que la espada en manos del *Berserke* de los cantos huecos.

Todo sin orden, sin prejuicios, sin sistema. Hierde lo que a su paso encuentra, sin cuidarse de averiguar lo que después en su lugar ha de elevarse. Múltiple en sus sentimientos, universal en sus creencias, indeciso y tenaz a un tiempo mismo en sus convicciones, jamás Proteo revistió tal número de formas, ni dios indio infiltró su esencia en mayor número de transformaciones.

Sus burlas, acerbas siempre, siempre mortales, tienen en el fondo algo de melancolía simpática, algo de incomparable dulzura y de inefable ternura.

Si él lo aborrece todo, si de todo se mofa, si contra todo se revuelve, ¡qué tesoro, en cambio, de cariño para todo lo noble y lo justo! ¡qué inagotable amor a todo lo grande! ¡qué inacabable admiración hacia todo lo bello!

Sus dientes muerden, pero sus a os cubren de besos las mordeduras, y pronto coloca piadoso sobre la abierta llaga el dicitamo dulce que llegará a sanarla.

Contra todo se torna airado y todo lo adora al par. Unas veces fustiga al Dios cristiano, ya riendo de la virgen católica que liba confiada el amor en los labios rojos del sobrino de un rabino, o llorando en estrofas por los muertos dioses de la vieja Grecia, y después canta al Cristo redentor con inspiración ardiente en las estrofas del *Mar del Norte*.

Él, que en su *Heimkehr* nos habla de «*la ironía que Dios ha colocado en su universo, y con que el gran poeta del Quijote ha llenado él suyo,*» suspiraba indignado, cuando adolescente, al ver el premio innecesario que hallaban en la tierra el valor indomable y la romántica generosidad del héroe de Cervantes. El, que se mofa del Cristo, cuenta la impresión dulcísima que en su mente producía un Cristo crucificado que miraba, siendo niño, en el convento de Düsseldorf.

Su espíritu, abierto a todas las impresiones, transformábalas todas en sentimiento artístico, dándoles, al realizar la obra poética, la nota esencial de su originalidad inagotable.

De todos sus antecesores en la literatura alemana, lególe Wieland la sensualidad amable; su sentimiento ardiente, Schíller, y Goethe su panteísmo espiritualista. Tan sólo Klopstock fue ajeno a la formación del poeta, porque su espíritu repugnaba todo lo enojoso.

Se ha tildado a Heine de la dureza con que tantas veces trata a la Alemania, a *la vieja de allá abajo*, como él, con su humorismo acerado, la llamaba; y esta tendencia antigermánica resulta más

marcada comparado otro libro que, también sobre la Alemania, escribía una francesa en los comienzos de la actual centuria.

Nos referimos a *La Alemania* de Mad. Stael.

No es de extrañar la diferencia. Mad. Stael, como dice Caro, publicaba su libro después de un paseo en que tan sólo pudo ver aquello que a los alemanes les convenía, que mirase. Su viaje fue acogido por todos con recelo. Goethe, en su correspondencia, da a entender hasta qué punto le preocupaba la entrevista con la extranjera; Schiller, hombre de corazón ardiente, temía su llegada, y hasta el mismo Schlegel, el jefe de estado mayor, por decirlo así, de aquella mujer admirable, anunciaba a sus colegas su venida como para aperebirlos a la defensa.

Poco en estas circunstancias pudo ver de la esencia de las cosas y de lo íntimo de aquella sociedad la dama francesa. Su viaje fue, como dice el escritor antes citado, semejante al de Catalina de Rusia, hallando siempre en las estepas de la Crimea la fantasmagoría riente de una prosperidad artificial. Aquel viaje de *sultana del pensamiento* era sólo a propósito para contemplar, y no siempre, la superficie de las cosas.

Además, Mad. Stael, desterrada de su patria, en su santo horror a los enciclopedistas, a los revolucionarios y a los soldados, buscaba un pueblo que oponer como modelo a aquella Francia, agitada todavía por las convulsiones de una revolución profunda. Su libro es, en este concepto, como Heine entiende, una obra semejante a la de Tácito.

Heine, por el contrario, era alemán; alemán que sentía como nadie las faltas de su país, y aborrecía desde el extranjero el oropel de sus falsas glorias; que veía sólo en las pretensiones militares de la Prusia la armadura colocada sobre el manto de Tartuffo, y qué necesitaba defender, por último, su sér individual, calumniado unas veces y mal comprendido otras.

A pesar de todo, discípulo de Hegel, no dejaba de alentar, mal de su grado, la *gran idea*. Tenía como toda la Alemania de entonces, la noción, inconsciente de un gran fin, no definido aún, y si como un *enfant terrible* decía alto los secretos de la casa, poco después se

entusiasma y creía con toda su alma en el triunfo próximo de su raza, «Guardaos, -dice entonces,- mis queridos vecinos de la Francia; cuando ese día llegue, vuestras, horas están contadas.»

El amor, por último, es en Heine también rara mezcla, confusión extraña de sentimientos encontrados.

Sus mujeres son, como las de Goethe, seres vivientes que se pasean por sus poemas; mujeres animadas por nervios y por arterias, y no movidas por el resorte convencional de un cariño anodino, incomprensible casi siempre.

Aquella mujer del *Intermezzo*, desengaño primero de su vida, y fuente de su inspiración primera, la hemos conocido todos. En los versos de aquel poema, collar de perlas, cuyo hilo retiró el autor después de formado, sin que la sarta se desgranara, como un crítico ilustro lo llama, hay algo de la historia de todos, y uno siente arder el rubor en las mejillas al leer en la soledad sus estrofas. El poeta ha sorprendido sus secretos, y sus sufrimientos, esculpidos con mano segura, vibran allí prisioneros en el rítmico molde de versos inmortales.

La amargura más inocente, la queja más sentida anima todo el libro; mas después, cuando el llanto se ha secado, cuando el espíritu herido se revuelve contra quien le hirió con saña tanta, la burla ocupa el lugar de los suspiros y el *humour* más amargo, el veneno más acre sirve, en vez de lágrimas, de jugo á sus canciones.

En toda mujer hay algo de demonio.

«¡Dichoso mortal -dice hablando de Lusignan- amante de Melusina, cuya adorada sólo fue serpiente a medias!»

Su sátira, fría siempre, cautiva por su sencillez en todas las ocasiones.

Dice en el *Regreso*:

«¿Cómo puedes dormir tranquila sabiendo que yo vivo aún? Mi vieja cólera reaparece, y romperé mi yugo.

»¿Conoces la vieja canción? ¿la canción de un hombre muerto, que vino a media noche a buscar a su adorada y la arrastró al fondo de la tumba?

»Créeme, hermosa niña, hermosa niña maravillosamente bella, y vivo y yo soy aún más fuerte que todos los muertos juntos.»

Su bufonería toma a veces un carácter melancólico que la hace aún más simpática; el gladiador, cansado de luchar, se queja, y sus quejas penetran hasta el alma.

La figura de Heine, compleja, universal y múltiple, se refleja en sus obras; su mente, apasionada de las luchas de su siglo, de los combates de su época, se refugia buscando calma en los viejos recuerdos de la patria; sus cantos tienen entonces la dulzura infantil de Novalis, la enérgica cadencia de las baladas de Brentano, y el mágico atractivo de TieIk.

Es, como dice Gautier, el Apolo, a quien, si de un lado presta su luz el sol del Mediodía, destaca por el otro su figura entre el resplandor argentado de la luna de las noches alemanas.

Entonces, en su *Romancero* y en sus *Nocturnos*, sobre todo los fantasmas de los cuentos de su patria, Loreley, la rubia encantadora de la montaña, el rey Haroldo prisionero de la Ondina en el fondo de los mares, el paladín muerto en el campo de batalla, el caudillo moro, el español aventurero, el galán romántico, todos los héroes de la pasada edad reaparecen evocados por su pluma, y cobran nueva vida y aliento nuevo, animados por su inspiración poderosa.

Todo se agita en torno suyo; penetra en la selva oscura de la Alemania, y el hacha acerada de su genio esculpe, en las encinas añosas del sombrío bosque, en vez de la estatua de Irmenrul, la figura simpática de Apolo.

Entonces, contemplando su obra, las lágrimas :mojan sus ojos; pero pronto, dice Nerval, su manga pintarrajada de bufón seca sus lágrimas, y los cascabeles de la locura ahogan con sus ruidosos ecos el rumor de sus sollozos.

«No creáis en mi llanto ni en mi risa, -dice Heine, - risa de hiena, lágrimas de cocodrilo.»

Pero, lo repetimos, a vueltas del amargo encono, que campea siempre en la mayoría de sus producciones, es Heine apasionado y creyente, siempre original y atrevido, y aun en medio de sus amargas

diatribas contra su patria, conserva siempre hacia ella un cariño respetuoso y austero.

Seguro de su éxito, no pide de sus contemporáneos monumentos; sólo pide sobre su sepulcro una espada, «que él ha luchado como buen soldado en el combate del progreso eterno,» son sus propias palabras: ese es el único título de gloria que exige y que reclama.

La misma Alemania atendía con expectativa ansiosa a las evoluciones del pensamiento de aquel su hijo pródigo desterrado en extranjera tierra.

Cuando la enfermedad le retenía prisionero sobre su lecho, ninguno de sus compatriotas volvía de Francia sin rendir con su visita un tributo de admiración al gran poeta. «Aristófanes se muere,» decía Mr. Adolfo Starr contando su última entrevista con el gran poeta; y la Alemania entera lloraba en silencio aquella muerte de uno de sus genios.

Llegado a Francia, joven, hermoso como una escultura de Fidias, armónico y feliz consorcio de la belleza helena y de la gracia hebraica, rebosando genio en sus escritos, gracia en sus conversaciones, dinero en las relaciones prosaicas de la vida, aquel Cristo, como él se llamaba, que sólo admitía infieles o creyentes, pero jamás iguales, que tantas Magdalenas redimiera por el amor, espiraba, abandonado en su agonía lenta, en una habitación de aquel París que tanto le había admirado, y donde sus triunfos habían encontrado un teatro siempre dispuesto a aplaudir la galanura de su imitable estilo.

Entonces su última inspiración voló desde su mente al mundo.

Los recuerdos de su patria y de los pasados tiempos, su *Romancero*, en una palabra, fue la primera de sus tres últimas producciones.

Después, las *Melodías hebraicas*, en las cuales parece vibrar más verdadera que en ninguna de sus obras su espíritu de creyente, y en las cuales dice, hablando de Jehuda ben Halevy, el más querido para él de todos los poetas:

«Que mi lengua quede pegada ardiendo a mi paladar, y que mi mano derecha se seque, si yo alguna vez, Jerusalén, te olvido.

»Estas palabras de un salmo llegan hasta mi oído
.....
»Espectros de mis sueños, ¿cuál de vosotros es Jehuda ben
Halevy de Toledo?
.....
...

»Yo lo he reconocido en su frente pálida que tan fieramente conduce su pensamiento, en la dulce fijeza de sus ojos (que me miran con tan inquieta atención).

»Sobre todo lo he reconocido en el misterioso sonreír de sus dulces y bellos labios, armoniosamente unidos como dos versos: los poetas solos los tienen parecidos.»

Este cantor bíblico que amaba aquella Jerusalén que sólo en sueños había visto, como el trovador Rudel a Melisandra, era simpático a los ojos de Heine, que más que nunca, y acaso por primera vez, sentía en aquellas horas de soledad eterna necesidad de creer en un Dios, en el Dios de sus mayores.

El *Libro de Lázaro*, su última producción, es un relato de sus días de fiebre y de sufrimientos, plagado de páginas bellísimas y de sentimientos delicados. A veces su burla y su sátira aparecen, pero su mofa tiene cierto carácter melancólico, que entristece y abruma el ánimo.

«¿Vos venís a verme? ¡siempre original!» decía a Berlioz, lamentándose del abandono de sus amigos; y más tarde escribía a Teófilo Gautier:

«No os apiadéis demasiado de mí; la viñeta de la *Revista de Dos Mundos*, en que me han representado macilento y con la cabeza inclinada como un Cristo de Morales, ha conmovido ya bastante cal mi favor la sensibilidad de las buenas gentes; yo quiero que me pintéis hermoso, como las mujeres bonitas. Vos me habéis conocido cuando era joven y floreciente; sustituid con mi antigua imagen esta efigie lamentable.»

Sus últimas producciones vibran burlescas, sin embargo, como si temiera haber dicho demasiado con sus *Melodías hebraicas*.

La nota esencial de su genio fue hasta la muerte su sangrienta burla por todo y contra todo.

La misma Alemania, que jamás llegó a perdonarle por completo sus mofas constantes y sus frases incisivas, parecía como que sentía orgullo viendo el valor indomable, la serenidad de espíritu con que Heine soportaba el martirio horrible de su agonía interminable.

JOSÉ J. HERRERO.

CORONAMIENTO

¡Canciones! ¡canciones mías!
Alzad y tomad las armas
Haced sonar las trompetas,
Y sobre el pavés alzada,
Elevad la que hoy ser debe
De mi pecho soberana.
¡Salud a tí, joven reina!
Del claro sol, que derrama
Luz pura, el oro luciente
Robará mi mano avara,
Y formaré una corona
Para tu frente sagrada.
De la seda azul que flota
Del cielo en la extensión vasta,
Un jirón robaré ansioso,
Y regio manto de gala
Formaré en mi desvarío
Para tus reales espaldas.
Coro de hinchados sonetos

Te daré, bella adorada,
Y de tercetos altivos
Y de elegantes estancias;
Serán, niña, tu correo
Mis incisivas palabras;
Tu bufón, mi fantasía
Por tu amor siempre exaltada,
Y tu heraldo blasonado
El sarcasmo de mis gracias.
Yo mismo, hermosa, yo mismo,
Arrodillado a tus plantas

Sobre rojos almohadones
De terciopelos y grana,
Te haré homenaje del resto,
De razón que me dejara
La que fue tu antecesora
En el trono de mi alma.

EL CREPUSCULO

Me senté de la mar en la ribera,
Soñador pensativo y solitario.
El rubio sol al declinar vertía
Sobre las aguas sus ardientes rayos,
Y las ondas, rugientes y espumosas,
En la orilla espiraban murmurando.
Era un raro conjunto de rumores,
De cuchicheos lánguidos y extraños,
De murmullos, de quejas, de silbidos,
De risas y suspiros, enlazados
Con los acentos dulces y süaves
Que hay de la cuna en los amantes cantos.

Oír me parecía las historias
De las viejas edades que pasaron,
O los cuentos de hadas que escuchara
A los niños contar del vecindario,
Cuando en las noches del ardiente estío,
El pecho palpitante, reclinados
En las gradas de piedra de la puerta,
La ansiedad nuestros ojos agrandando
Al narrador oíamos con júbilo,
Y las doncellas núbiles en tanto,
Sentadas al balcón, sobre nosotros,
Junto a tiestos de flores, perfumados,
Parecidas a rosas, sonreían
De la pálida luna ante los rayos.

LA NOCHE EN LA PLAYA

No hay en el cielo un astro luciente y encendido,
El mar hierve rugiente, y sobre el mar tendido
El Bóreas informe, como un viejo gruñón,
Con voz doliente cuenta fantásticas empresas,
Hazañas de gigantes, leyendas islandesas,
Y heroicos combates, tributo a la ambición.

Y a intervalos, con mofa, murmura cadencioso
Los simbolismos tristes del Edda misterioso,
Los rúnicos conjuros, que espantan al sonar;
Con tan burlesca rabia, con tan feroz acento,
Que de la mar los hijos, se agitan en el viento,
Y gritos de alegría arrojan al pasar.

En tanto la ancha playa, con avidez creciente
Un extranjero cruza, en cuyo pecho ardiente,
Más trémulo que el viento, se agita el corazón;
Sus huellas resplandecen con luces argentadas,
Y crujen a su paso las conchas nacaradas
Que allí llevó el reflujo con rápido turbión.

Un manto gris envuelve su plácida figura,
Y rápido camina entre la sombra oscura,
Entre el helado viento que gime sin cesar;
Guiando su camino los vivos resplandores
Que alumbran con sus trémulos, fantásticos fulgores
Del pescador la choza que arrulla el ronco mar.

Padre y hermano cruzan la mar tempestüosa,
Y en la cabaña, sola quedó la niña hermosa,
La bella hija inocente del pobre pescador.

Junto al hogar sentada, escucha el ronco acento
De la tormenta lóbrega, el suspirar del viento,
Y de las ondas pérfidas el lánguido rumor.

Y arroja leña al fuego, de cuya ardiente llama
El resplandor que crece, lascivo se derrama
Sobre el semblante fresco y hermoso sin igual,
Sobre la espalda blanca y mórbida y desnuda,
Sobre la mano leve que su jubón anuda,
Sobre la curva fina del torso escultural.

Pero de pronto se abre la puerta, mal cerrada,
Y avanza el extranjero, fijando su mirada
Sobre la débil niña, que tiembla en su terror
Cual lirio de los valles que el huracán deshoja;
Sonríe dulcemente, la capa al suelo arroja,
Y amante, así le dice con voz llena de amor:

-¿Ves? mi promesa cumplo y vuelvo, hermosa mía
Y vuelve al fin conmigo la edad de poesía,
En que los dioses mismos su celestial mansión,
Las hijas de los hombres buscando, abandonaban,
Y eternas dinastías en ellas engendraban
De reyes y de atletas del mundo admiración.

Mas deje de espantarte mi estirpe prodigiosa;
De té, caliente taza prepara, niña hermosa.
Sentémonos al fuego; así, juntos los dos.
El frío es horroroso; y cuando reina el frío,
Coger también los dioses podemos, dueño mío,
Catarros inmortales ó inacabable tos.

POSEIDON

Del claro sol los fuegos juguetean
Sobre la mar undosa:
Dibújase a lo lejos en la rada
La nave, que las ondas
Cruzando, hasta mi patria ha de llevar
Mas yo espero la hora
En que una brisa favorable sople,
Y en la playa arenosa
Sentado, estoy, leyendo de Odyseo
La canción triunfadora;
Vieja canción, eternamente joven,
Y en cuyas bellas hojas
El perfumado aliento de los dioses,
El cielo de la Grecia soñadora,
La primavera espléndida del mundo
Respira mi alma ansiosa. . .

Mi noble corazón acompañaba
En sus empresas locas,
En su camino errante, al hijo triste
De Laertes; con honda
Tristeza en el espíritu, a su lado,
Yo me senté en las rocas,
Y en el hogar hospitalario en donde
Princesas seductoras
Rica púrpura hilaban; yo ayudéle
A urdir las engañosas
Tramas que del gigante le libraban
O de la ninfa hermosa:
Entre tormentas, noches y naufragios
Iba con él mi mente soñadora,

Y mi pecho entusiasta compartía
Del suyo las congojas.

Suspirando exclamé: -«Poséidon fiero,
Formidable es tu cólera,
Y temo yo también no ver va nunca
Mi Patria cariñosa.»-

Apenas estas voces se escaparon
De mi trémula boca,
Cubrióse el hondo piélagos de espuma,
Y entre las verdes ondas,
La cabeza de juncos coronada
Del Dios potente de la mar traidora
Apareció, y me dijo, sonriendo
Con insultante mofa:

-«Nada temas, querido poetilla;
No desea mi cólera
Romper tu esquife ni turbar tu calma
Con sacudidas locas.
¿Oh! no, inocente rimador; tu musa
Mis iras no provoca;
Ni tújamás de la ciudad sagrada
De Píramo, una sola
De las torres rompiste; ni en tu rabia
La pestaña más corta
Arrancaste a los ojos de mi hijo
Polifemo, el gigante de las sombras;
Ni has jamás recibido los consejos
De la Atenea Diosa.»-

Poséidon habló así, y alegremente
Se sumergió en las ondas;

Y del marino Dios la grosería
Hizo reír con carcajadas locas
A Anfítrite, divina pescadera,
Que del mar ancho entre las linfas movía,
Mientras las necias hijas de Nereo
Aplaudían con risas bulliciosas.

EN EL CAMAROTE

DURANTE LA NOCHE

Tiene el mar perlas, el cielo
Astros de ardiente fulgor,
Mi corazón en su anhelo
Guarda, fuente de consuelo,
Otro tesoro: su amor.

Grande es el cielo riënte,
Grande el mar, pero mayor
Es mi pecho; y más ardiente
Que perlas y astro luciente,
En él fulgura mi amor.

Para tí tan sólo, hermosa,
Es mi corazón entero;
Cielo, amor y alma dichosa
En un solo amor sincero
Funde la vida gozosa.

Yo quisiera a la bóveda azulada
Donde lucen los astros,
Un torrente de lágrimas vertiendo,
En un beso de amor unir mis labios;

Que son los ojos de mi dulce amada
Esos astros serenos
Que me saludan dulces y graciosos
Desde la inmensa bóveda del cielo.

Hacia los ojos de mi amada hermosa,

Hacia el cielo tranquilo,
Los flacos brazos suplicante elevo,
Y enamorado y anhelante digo:

-«Dulces ojos, graciosos resplandores,
Dad calma a mi angustiado pensamiento
Que muera yo, mas que posea al cabo
Vuestra serena luz y vuestro cielo.»-

Por las ondas inconstantes
Y por mis sueños mecido,
En el camarote angosto
Reposo triste y tranquilo.

Por la lucana entreabierta
Los astros miró en la altura;
¡Dulces ojos de mi amada,
Hermosa como ninguna!

Aquellos ojos amantes
Mi loco delirio velan,
Y en la bóveda azulada
Luminosos parpadean.

Y hora tras hora dichoso
Miro la serena altura,
Hasta que los dulces ojos
Me roba un jirón de bruma.

En la pared donde apoyo
Mi cerebro fatigado,
Chocan las ondas furiosas,

En mi oído murmurando:
-¡Pobre loco! son muy cortos
Tus brazos y está muy alto
El cielo, donde encendidos
Y fuertemente clavados
Están con clavos de oro
Los resplandecientes astros;
Mejor harás en dormirte
Calma a tu ansiedad buscando;
¡Que tus súplicas son vanas,
Y son tus deseos vanos!-

Soñé; era un prado desierto,
Era un prado solitario,
De blanca nieve cubierto;
Bajo su frío sudario
Dormía insensible y yerto,

Mas lucían en la altura
De la bóveda azulada
Las estrellas con luz pura.
¡Dulces ojos de mi amada
Miraban mi sepultura!

Y aquellos ojos amados
Resplandecían serenos,
Victoriosos, extasiados;
Mas de amor eterno llenos
Y de pasión impregnados.

LA CALMA

Tranquila está la mar; el sol refleja
Sus rayos en las aguas,
Y al cruzar la ondulante superficie
El barco traza surcos de esmeralda.

Junto al timón tendido está el piloto
Roncando levemente;
Bajo el palo mayor,- cosiendo velas,
Se sienta el embreado grumete.

Brilla el rubor en su semblante rojo,
Su larga boca tiembla,
Y a todas partes la mirada límpida
De sus hermosos ojos gira inquieta.

Que el capitán ante él se ha detenido
Como un loco ¡tirando,
Le trata de ladrón y dice:-« Infame,
Del tonel un arenque me has robado.»

Tranquila está la mar; un pececillo
Brilla sobre las ondas,
Calienta al sol su cabecita de oro,
Y alegre el agua agita con su cola.

Entretanto, anhelante la gaviota,
Rápida sobre el pez cae desde el viento,
Y en el pico la presa palpitante,
Alegre se remonta hasta los cielos.

EN EL FONDO DEL MAR

Apoyado sobre el borde
Estoy del fuerte navío,
Y con soñadores ojos
Del agua el espejo miro.

Mis miradas se sumergen
Más y más en el abismo,
Y la luz veo primero
De un crepúsculo indeciso.
Poco a poco van brillando
Sus colores más distintos,
Cúpulas y torres surgen,
Y al fin, del sol ante el brillo,
Vieja villa neerlandesa
Llena de vida diviso.

Ancianos altos, envueltos
En negras capas, altivos,
Cadenas de honor al cuello
Y espadas luengas al cinto,
Por la plaza se pasean
Ante el vetusto edificio
De la casa de la villa,
En cuya pared, en nichos,
Emperadores de piedra,
Sencillamente esculpidos,
Empuñando largos cetros
Y espadas, se alzan tranquilos.

No lejos, ante una fila
De mansiones cuyos vidrios

Entre la penumbra lucen
De piramidales tilos,
Se pasean las doncellas,
Cuyos semblantes divinos
Cual rosas, entre sus tocas
Negras, aparecen dignos,
Y cuyos rubios cabellos,
Aliñados con descuido,
Se arrollan en hueles de oro
En torno del rostro lindo.
Turba de hermosos galanes
A la española vestidos,
Miradas de amor les lanzan
Sonrientes y sumisos;
Matronas con largos velos
Y con briaes sencillos,
Sujetando entre sus manos
Rosarios, cruces y libros,
Con cortos pasos al templo

Marchan, atento el oído
Al eco de las campanas,
Del órgano a los gemidos.
Con estos lejanos ecos
Siento henchirse de suspiros,
De tristezas misteriosas,
De deseos no sentidos
Mi pecho, apenas curado
De su dolor infinito.
Parece que mis heridas,
Presas de labios queridos,
Sangran de nuevo vertiendo
De sangre calientes hilos.
Rodando las tibias gotas

Una a una en el tranquilo
Y verde mar se sumergen
Buscando un viejo edificio
Que su alta fachada eleva
En el pueblo submarino,
Que solitario parece,
Y desierto y sin rüido,
Y en el cual de un balcón bajo
Sentada junto a los vidrios,
Apoya una niña hermosa
Su frente en su brazo nítido.
-«Te conozco, niña hermosa;
Yo te conozco, bien mío:
En el fondo de los mares
Por huir de mi cariño
Te escondió tu fantasía,
Ascender ya no has podido,
Y extranjera entre extranjeros
Vives hace más de un siglo,
Mientras que yo; traspasado
Por la pena, el pecho herido,
Anhelante por la tierra
Te buscaba, ¡ídolo Mío!
A tí, ¡luz de mis amores!
A tí, ¡mi eterno cariño!
A quien por último encuentro
En mi desierto camino;
Te encuentro, y tu dulce rostro
Otra vez dichoso miro,
Y otra vez tus ojos veo
Luminosos y tranquilos,
Y en tus labios la sonrisa
Feliz otra vez diviso.
Ya jamás he de dejarte,

A tí me impulsa el destino,
Y sobre tu amante pecho
-Gozoso me precipito.»-

Pero el capitán a tiempo
Me agarró por los tobillos,
Y en la cubierta arrojándome,
Con áspera voz me dijo:
-«Doctor, ¿estáis por ventura
Del demonio poseído?»-

PURIFICACIÓN

«Queda bajo las aguas,
Queda por siempre allí, sueño implacable
Que mi pecho otras noches
Con tus dichas fingidas flagelaste,
Y aun hoy, marino espectro,
Vienes en pleno día a atormentarme.
Queda bajo las ondas,
Yo te arrojo con todos mis pesares,
Y el gorro de Locura
Que bordan cascabeles resonantes
Que yo oí tantas veces
En torno de mis sienas agitarse,
Y el frío disimulo,
Esa de áspid horrible piel süave
Que envolvió tanto tiempo
Entre sus pliegues mi alma delirante;
Mi alma maldita, mi alma
Blasfema del Señor y de los ángeles.»

-«¡El viento, tended velas! »-
Ante su soplo ya se hinchan flotantes,
Sobre el traidor espejo
De las aguas deslízase la nave,
Y el alma redimida
En gritos de alegría se deshace.

LA PAZ

Cercado de nubes blancas
El sol en el cenit brilla,
Y yo recostado en tanto
Contemplo la mar tranquila.
Cerca estoy del gobernalle;
Mi mente loca, delira,
Y entre mis sueños confusos
Y mis confusas vigili-
as,
De Jesucristo la imagen
Aparece ante mi vista.
De blanca y flotante tela
La imagen veo vestida:
Es grande como un gigante,
Y silencioso camina
Sobre la fecunda tierra
Y sobre la mar tranquila;
Toca su cabeza al cielo;
Con sus manos extendidas
Bendice tierras y mares,
Y cual corazón que brilla,
Dentro de su pecho lleva
El sol, que al mundo ilumina;
Y este corazón ardiente,
Hogar de amor y de vida,
Derrama de sus fulgores
La luz brillante y purísima
Sobre la fecunda tierra
Y sobre la mar tranquila.

Ecos hacia todos lados
De campanas que repican,

Atraen con su voz alegre
Y sonora nuestra quilla,
Que llega a una verde costa
Solitaria y escondida,
Donde los humanos viven
En una ciudad magnífica.

¡De la paz milagro! ¡Cómo
La ciudad duerme tranquila!
El rumor de los oficios,
La charla descomedida
De los negocios humanos
En el espacio no vibran;
Todo es quietud, y en las calles
Luminosas y sencillas,
Hombres vestidos de blanco
Llevando palmas caminan;
Y a tiempo que dos de ellos
En su marcha se divisan,
Con aire de inteligencia
Se contemplan y se miran,
Y de amor en un exceso,
En un trasporte de dicha
Se abrazan, y al claro cielo
Alzan la mirada límpida,
Hacia el Corazón ardiente
Del Salvador, que los mira:
Corazón que es el sol claro,
Que vierte con alegría
La deslumbrante y preciada
Púrpura de su purísima
Reconciliadora sangre
Sobre la tierra dormida,
Y por tres veces exclaman

En un trasporte de dicha:
-«¡Bendito seas, oh Cristo,
Sea tu piedad bendita!»

SALUDO DE LA MAÑANA

¡Hurra! saludo humilde te envió, mar undoso,
Te envió diez mil veces, con corazón gozoso,
Cual saludaron tristes tus olas de zafir
Aquellos corazones vencidos en la guerra,
De aquellos diez mil griegos que, ausentes de su
tierra,
Presentes en la historia del mundo han de vivir.

Las ondas se agitaban, el céfiro gemía;
De claridad rosada el sol al mar teñía;
Bandadas de gaviotas huían con terror
Lanzando agudos gritos; piafaban los corceles,
Y un «hurrah» entre el crujido de lanzas y broqueles,
De los helenos pechos se alzaba con ardor.

¡Oh mar! yo te saludo, yo encuentro en tus rumores
Un eco de aquel suelo que hollaron mis mayores;
De mi niñez los sueños, ya muertos por mi mal,
Ver creo entre tus ondas; las dichas ya pasadas,
Las conchas, los corales, las perlas sonrosadas
Que guardan misteriosos tus cofres de cristal.

¡Cuánto en suelo extranjero mis ojos han llorado
Cual flor que ve secarse su cáliz perfumado
Que el sabio en el estuche metió sin compasión,
Hallando a sus deseos el universo estrecho
Latiendo sin ventura en mi angustiado pecho
Secábase aterido mi pobre corazón.

Ahora me parece que el lento invierno frío
Pasé en cuarto malsano y fétido y sombrío,

Y que al dejarlo ahora, contemplo el resplandor
Del sol que alegre baña la verde primavera,
Y que me miran creo con avidez sincera
Los ojos perfumados de la sencilla flor.

Y escucho los suspiros de la extensión poblada
Con árboles cargados de nieve perfumada,
Que envuelve la distancia con su irisado tul;
El éter leve miro que llora y que suspira,
El orbe entero creo que ríe y que respira,
Y que «hurrah» el ave canta en la extensión azul.

¡Oh corazón, que glorias como el guerrero griego
Cobraste con tu huida! ¡Cuánto el amante fuego
De las hermosas bárbaras te supo fastidiar!
Los ojos con ardientes miradas me encendían,
Con sus palabras falsas mi corazón herían,
Con soñolientas cartas llegábanme a atontar.

En vano el fuerte escudo mis manos presentaban;
Silbaban las saetas, los golpes redoblaban,
Y al fin, desesperado del frío Norte, huir
Me hicieron a tus playas, donde feliz reposo,
Y «hurrah,» te digo, abismo libertador y undoso,
Alegre yo saludo tus olas de zafir.

LA TEMPESTAD

La tempestad sobre la mar se cierne,
Y de las nubes la muralla negra
Rasga veloz la chispa dentellada
Que fulgura y se extiende en las tinieblas
Como un trozo de espíritu arrancado
De Kronión a la fuerte cabellera.
Sobre la onda sombría y olvidada
Ruge con largos ecos la tormenta;
De Poséidon piafan los corceles,
Que Bóreas engendrara con las yeguas
De Ericthón descrinadas; y las aves
Marinas la extensión rasgan inquietas,
Cual las sombras de muertos que Caronte
De la Stygia olvidada en la ribera
Arroja de su barca misteriosa
De míseros cadáveres repleta.

Allá abajo un navío desdichado
A danzas bien difíciles se entrega;
Eólo le envió los más fogosos
Músicos incansables de su orquesta:
Uno, cruel, le punza; otro, con locos
Vaivenes retozones, le golpea;
Silba el uno; otro sopla; y el tercero,
Con los bajos, la música completa.
El piloto entretanto vacilante,
El gobernalle en la cansada diestra,
Con miradas atónitas, la brújula,
Del bajel, alma trémula, contempla,
Y tendiendo las manos hacia el cielo,
-«Salvadme, -dice con amarga pena;-

Tú, Cástor, caballero no vencido,
Y tú, Pólux, también glorioso atleta.»-

EL NAUFRAGIO

¡Esperanza y amor! todo
Me arrebató la fortuna;
Yo mismo, como un cadáver
Que el mar desprecia en su furia,
Yazco tendido en la arena
De la ribera desnuda.

Brilla ante mí de las aguas
La abandonada llanura;
Tras mi dolor y destierro
El día tan sólo alumbra,
Y por cima de mi frente
Las nubes el éter cruzan;
Hijas informes del aire,
Que del cielo hasta la altura
Con sus cubos de neblina
El agua elevan que impulsan
Al mar otra vez; tarea
Enojosa é importuna,
Inútil y fastidiosa
Como mi existencia oscura.

Vuelan las aves marinas,
Las verdes ondas murmuran,
Viejos recuerdos me embargan
Y olvidados sueños cruzan
Ante mi vista extendiendo
Sus visiones de ventura.

Hay en el Norte una hermosa,
Hermosa como ninguna;

Sus ropas voluptuosas
De deslumbrante blancura,
Su talle de ciprés ciñen
Y entre sus pliegues circundan;
Se escapan sus bucles, negros
Como noche de venturas,
De su frente, coronada
De trenzas que se entrecruzan.
Sobre su rostro, en que brillan
Palidez, gracia y dulzura,
Y en su pálido semblante,
Que con su belleza abruma,
Cual negros Soles sus ojos
Melancólicos fulguran.

¡Negros soles! ¡cuántas veces
Encendisteis la fecunda
Hoguera del entusiasmo
En mi pecho sin fortuna!
¡Cuántas probé vacilante
La inenarrable locura,
La embriaguez misteriosa
A que la pasión empuja!
Pero entonces en los labios
De tu boca roja y muda
Volteaba una sonrisa
Llena de infantil dulzura,
Y de tus labios arqueados
Fieramente, una tras una
Brotaban frases graciosas
Como la luz de la luna,
Y suaves como el aroma
Que la flor gentil perfuma,
Y mi alma entonces volaba

Del claro cielo a la altura.

Callad ondas y gaviotas;
¡Esperanzas y venturas!
¡Amor é ilusiones! todo
Me arrebató la fortuna.
Pobre náufrago, tendido
Yazco en la arena desnuda,
Apretando mi semblante
Sobre las arenas húmedas.

LOS DIOSES GRIEGOS

Bajo la luz serena de la luna
Como el oro en fusión el mar riela,
Resplandor que el fulgor del claro día
Con la molicie de la noche mezcla,
La vasta playa misterioso alumbrá,
Y en el azul del cielo sin estrellas
Vagan las blancas nubes como estatuas
De dioses colosales y siniestras,
Talladas por la mano del acaso
En las entrañas de brillante piedra.

No son, no son las nubes, son los dioses,
Los dioses mismos de la antigua Grecia,
Que el mundo alegremente gobernaron
En pasadas edades con su diestra,
Y hoy, después de su ruina y su caída,
Cuando la noche silenciosa media,
Cruzan dolientes por el ancho cielo
Espectros tristes, sombras gigantescas.

Fascinada y atónita mi vista,
Este flotante Pantheon contempla;
Colosales figuras que se mueven
Y cruzan tristes la extensión serena
Con un solemne y sepulcral silencio.
-Mirad a Kronion, rey de las esferas;
Su nieve los inviernos en los bucles
Vertieron, de su oscura cabellera,
Sobre aquellos cabellos que al moverse
Al Olimpo temblar un día hicieran;
Aun con furor el extinguido rayo

Trémula empuña su cansada diestra,
Y su rostro, que hollara el sufrimiento,
No perdió en la desgracia su fiereza.
¡Oh altivo Zeus! tiempos más dichosos
Aquellos tiempos que pasaron eran,
Cuando saciabas tu apetito ardiente
De hecatombes y ninfas hechiceras;
Mas de los mismos dioses el reinado
Término al fin en el espacio encuentra.
Los jóvenes empujan a los viejos
Cual tú un día empujaste en vil pelea
A tu padre y tus tíos los Titanes,
Júpiter parricida con fiereza.
También te reconozco, altiva Juno;
A pesar de tus celos y tus quejas,
Otra ha tornado el cetro de los cielos;
No eres la reina incontrastable y bella,
Y tus brazos de lirio ya impotentes
Miro, é inmóvil tu ojo de gacela;
Y ya a la hermosa que de Dios el hijo,
Fruto divino, en sus entrañas lleva,
Tu venganza cual rayo de los cielos,
Diosa vencida, a destrozar no llega.
Y a tí también, también te reconozco:
¿Con tu saber y tu égida y tu fuerza
La caída evitar no has conseguido
Del viejo Olympo, Palas Athenea?
Y también llegas tú, tierna Afrodita;
Tus cabellos cual oro en tu cabeza
Brillaban otras veces, ahora luce
Como plata tu hermosa cabellera.
Hermosa estás, el cinturón famoso
De las Gracias te ciñe y te sujeta,
Y sin embargo, miedo incomprensible,

Raro temor me causa tu belleza;
Y si cual héroes de lejanos días
Tu hermoso cuerpo poseer debiera,
Por loca angustia el corazón opreso
Yo moriría de quebranto y pena.
Eres tan sólo, Venus Libitina,
Ya de la muerte la deidad siniestra.

Tampoco Arés con su mirada amante
A su querida lívida contempla;
Febo Apolo, el hermoso adolescente,
Inclina tristemente la cabeza,
Y la lira sonante que alegrara
Del Olimpo feliz la noble mesa,
Y vibró en el banquete de los dioses,
Destemplada sostiene con su diestra.
Más sombrío Hefastos me parece,
Y el adusto Vulcano con fiereza
A la celeste reunión no sirve,
A Hebe sustituyendo, el dulce néctar.
La risa inextinguible de los dioses
Después d tanto tiempo ya no suena.

Yo jamás os amé, ¡viejas deidades!
¡Divinidades clásicas y fieras!
Mas piedad santa y compasión, ardiente
De mi pecho sensible se apodera
Cuando errantes os miro por la altura,
¡Dioses abandonados! ¡sombras muertas!
¡Nebulosas imágenes que el viento
Hace huir aterradas y dispersas!
Y al, pensar cuán cobardes y cuán falsas
Los dioses son que un día os vencieran,
Esos sombríos y modernos dioses

Que hoy los cielos dirigen y gobiernan,
Zorros de sangre ansiosos, que se cubren
Con la piel del cordero, ardiente llena
La ira mi pecho, y deshacer sus templos
Y por vosotros combatir quisiera.
Por vosotros, deidades sonrientes,
Y vuestro buen derecho, que la Grecia
Con su ambrosía perfumó y sumiso,
En vuestro nuevo altar lleno de ofrendas
Adorar y cantar y alzar al cielo
Los brazos suplicantes yo quisiera.

Verdad es que otras veces, viejos dioses,
De los humanos en las luchas fieras

Del vencedor tomabais el partido,
Venales cortesanos de la fuerza.
Pero es el alma del mortal más noble,
Más entusiasta y generosa y tierna,
Y yo sigo, en las luchas de los dioses,
De los dioses vencidos la bandera.-

Hablaba así, y en el sereno cielo
Las visiones fantásticas de niebla,
Sensibles a mi voz, enrojecían,
Mirábanme con silenciosa pena,
Y cual por el dolor transfiguradas
Fundieronse de pronto en las tinieblas.
Ya se había escondido silenciosa
La luna tras las nubes cenicientas,
Alzaba el ancho mar su voz sonora,
Y del espacio en la extensión inmensa
Salían victoriosas, derramando
Sus eternos fulgores, las estrellas.

CUESTIONES

A orillas del mar desierto,
Junto al piélago intranquilo,
Un joven lleno de dudas
Se detiene pensativo,
Y así a las ondas inquietas
Dice con aire sombrío:

-«Explicadme de la vida
El arcano no sabido,
Enigma que tantas frentes
Ardieron por descubrirlo;
Cabezas engalanadas
Con adornos pontificios,
Frentes con mitras hieráticas,
Con turbantes damasquinos,
Con birretes doctorales,
Con pelucas, con postizos
Cabellos, y tantas otras
Cabezas que el escondido
Enigma saber quisieron,
Decidme, yo os lo suplico:
¿Qué es el hombre? ¿de dó viene?
¿Adónde va su camino?
¿Qué habita en el alto cielo
Tras los astros encendidos -»

El mar su canción eterna
Murmura triste y dormido;
Sopla el viento; huyen las nubes;
Los astros en el vacío
Fulguran indiferentes

Con sus resplandores fríos,
Y un demente una respuesta
Espera en tanto intranquilo.

EL PUERTO

Feliz aquel que al puerto llega al cabo,
Tras sí dejando mares y tormentas,
Y tranquilo en el sótano abrigado
Se sienta al fin del *Rathskeller* de Brema.

¡Cuán fiel y delicioso el mundo todo
En el cristal del *raemer*¹ se refleja,
Y cuán luciente al corazón cansado
Ese moviente microcosmo llega!
Yo en ese vaso reunidos veo
Del humano infeliz la historia entera:
A Gans el sabio, y al severo Hegel,
El Turco altivo, la riente Grecia;
Bosques de limoneros, y paradas
Militares; Berlín, Túnez, Abdera;
Pero ante todo, el corazón prefiere
De mi amada mirar la imagen tierna,
Y ver del Rhin sobre el dorado fondo
Leve oscilar su angelical cabeza.

¡Hermosa eres, mi bien, como una rosal!
No cual la rosa de Schiraz, la eterna
Pasión del ruseñor que Hafiz cantara;
No cual la rosa de Sarón, la fresca
Y santa flor de rojas aureolas
Que en sus salmos cantaron los profetas;
Tú te pareces a la oliente rosa
Del abrigado *Rathskeller* de Brema.
La rosa es de las rosas; nunca muere

¹ *Ramer*, vaso de estaño, y fondo de cristal, á propósito para servir la cerveza.

Y florece en eterna primavera.
Su perfume divino me ha devuelto
La fe y el entusiasmo con tal fuerza,
Que si el digno y honrado repostero
Del abrigado *Rathskeller* de Brema
No me hubiera tenido por la espalda,
Ruedo hasta el suelo dando volteretas.

Hombre honrado y leal; sentados juntos,
Bebo con él con fraternal franqueza;
Altas cuestiones debatimos graves;
Suspiramos los dos con honda pena,
Y lo abrazo por fin, él me ha enseñado
Del cariño la ley constante y tierna.
Yo por mis más crueles enemigos
He brindado con él; y a los poetas
Malos di mi perdón, para que al cabo
Yo también perdonado un día sea.
Yo lloré compungido, y miré abrirse
Por último ante mí del bien las puertas:
La bodega; solemne santuario
Donde doce toneles, que de inmensa
Cabida están dotados y se llaman
Los apóstoles santos, con fe eterna
Preces y preces dicen en silencio...
Y es no obstante universal su lengua.

Personajes notables: es sencillo
Su exterior, y sus ropas de madera;
Mas por dentro, más bellos, más brillantes
Que todos los levitas de la Iglesia,
Y de Herodes feroz los cortesanos
Engalanados de oro y plata y sedas.
Yo siempre he dicho que Jesús divino,

Que el Señor de los cielos y la tierra
Vivió en medio de nobles compañías,
No entre gentes, vulgares y groseras.

¡Aleluya! ¡Qué grato es el perfume
Que aspiro de Bethel en las palmeras!
La mirra del Hebrón ¡qué aroma exhala!
¡Qué dulce el viento entre los tilos suena!
¡Cuán alegre el Jordán, el sacro río,
Murmurando a compás se balancea!
Y con él a compás mi alma vacila,
Y se mece, y vacilo yo con ella;
Y también vacilando, el repostero
Del abrigado *Ratliskel'ér* de Brema,
Adonde brilla el resplandor del día,
Me conduce subiendo la escalera.

¡Oh! bravo repostero, mira, mira
Míralos bien, en las techumbres viejas
Están todos los ángeles sentados;
Ebrios están, y cantan y vocean:
El sol que en lo alto brilla, es solamente
Un mascarón rojizo que se quema
La nariz del espíritu del mundo
Y en torno a esta nariz que arde y flamea,
Entre burlas y risas y canciones
Con loco afán el universo rueda.

EPÍLOGO

Como ondulan en el prado
Las mieses ante los vientos,
En el cerebro agitado
Del pensador olvidado
Ondulan los pensamientos.

Y son los enamoradas
Imágenes del poeta,
Cual las flores azuladas,
Que abren su corola inquieta
Entre las mieses doradas.

¡Pobre flor, azul ó roja!
El segador, con su mano,
Por inútil te deshoja;
Con necio desdén te arroja
De su campo el aldeano.

Y el que los campos pasea
Cuando la vista derrama
Y en vosotros la recrea,
Flores malditas os llama
Y vuestra muerte desea.

Mas la aldeana inocente
Que coronas perfumadas
Teje al amor, sonriente,
Entre sus trenzas doradas
Os coloca alegremente.

Y corre de dicha llena

Hacia el baile bullicioso,
Donde con són cadencioso
Melancólico resuena
El violín armonioso,

Si no prefiere la umbrosa
Fronda, donde misteriosa
La voz de su bien querido
Suenan más grata en su oído
Que la flauta cadenciosa.